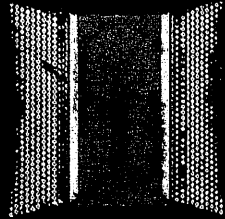


Darío Sztajnszrajber



(Londres, Inglaterra)

(2013) Planeta Ed. Bs. As.
¿Para qué sirve la filosofía?
Pequeño tratado sobre la demudición -
Dario Sztajn Szrajber.

21. El asombro

Se suele hablar con Jaspers de tres orígenes de la filosofía⁶⁰: el asombro, la duda y las situaciones límites. Tres actitudes existenciales. Tres estados de ánimo interrelacionados que más que ánimos en el sentido de disposiciones del ser humano frente a lo cotidiano, son torsiones o movimientos, incluso ejercicios que estamos posibilitados a realizar para poner en cuestión lo que nos rodea. De alguna manera, en el origen del espíritu reflexivo emerge el asombro. La pregunta por el *por qué* surge del asombro. De nuevo; todo podría ser explicado desde lo que hay y con lo que hay, pero nunca es suficiente. Algo está oculto, detrás, al lado, donde sea, pero si hay asombro es porque no todo está expuesto. ¿Qué habrá detrás de la puerta? O mejor; ¿qué estoy haciendo acá?

Ya escucho más nítidamente los ruidos de la Autopista La Plata y creo, aunque también creo que no, que estoy escuchando el río. Siempre me dio mucha curiosidad esa parte del río que se encuentra entre los suburbios de la Capital y el inicio de la Costa Atlántica: una zona no expuesta, carente de importancia en relación a sus dos polos. Algo hasta Ensenada, pero después casi nada. O esta zona donde tal vez haya algún pescador entre tanta basura, porque este río que se va perdiendo solo arrastra desperdicios. Un río que arrastra basura, ese lado oculto que decidimos invisibilizar o compactar o dejarlo ir hacia el mar, hacia su desaparición en el medio de la inmensidad.

La inmensidad genera asombro. O también, angustia. El asombro y la angustia van de la mano. El asombro y la angustia existencial, obviamente. Puedo divisar en el suelo mucho desperdicio: botellas de gaseosas, paquetes vacíos como de

papas fritas o galletitas, cajas que no se entiende bien de qué son, algún envase de preservativo. Casi llegando a la puerta de la casa la basura se acumula. Da impresión tanta basura acumulada. Da pavora. Muchos paquetes de cigarrillos vacíos. Recuerdo el día en que dejé de fumar. Iba a consumir otro cigarrillo y no encontré cómo prenderlo. Estaba en mi casa solo y era muy tarde. No iba a salir a buscar fuego ni despertar a ningún vecino. Ese día no fumé y al otro día tampoco, aunque ya tuviera a la mano fósforos. Haber encontrado un fósforo perdido en una mochila o alguien que se corta el pelo o salir de casa y observar que demolieron el almacén de enfrente nos asombra. Pero no es ese tipo de asombro el que le interesa a la filosofía. Es de otro tipo. Es un asombro más general o más abstracto, y por ello más inútil.

El asombro existencial es el asombro por el que las cosas *sean*, por el ser de las cosas, por el ser, porque *haya*, por el *hay*. Los asombros cotidianos nos rodean pero no nos generan ningún tipo de estremecimiento existencial. Demolieron el almacén de enfrente, ¿y qué? O mejor; demolieron el almacén de enfrente y nos interesa, nos genera curiosidad saber qué nuevo negocio o vivienda o lo que se construirán junto enfrente de nuestra vivienda. O nos angustia saber que para comprar la leche fresca habrá que caminar más trayecto y eso nos cansa, nos enoja, nos deprime. Ninguno de estos estados tiene que ver con la filosofía, sino con algo más bien utilitario aunque bien necesario e interesante, pero la filosofía empieza cuando el tipo de interés más bien desinteresado por lo útil, se juega en otro lado: en cierta curiosidad que tiene más que ver con la verdad que con el funcionamiento. ¿Por qué todo esto? ¿Por qué así? Demoler, almacén, vivienda, ¿qué es todo esto, por Dios? ¿Dios? Se coló otra vez. Dios, el amor, ¿quién los convoca? La verdad. ¿Qué es la verdad?... ¿No será al revés y la temática de la verdad es más bien una cuestión religiosa, mientras que la temática de Dios siempre ha sido una cuestión filosófica?

Llegué a la puerta. Obviamente está entreabierta. ¿Entro o no entro? Ya sé que voy a entrar pero igual me hago la pregunta. Recuerdo una historia que me contaron de grande, pero que tergiversé en mi memoria y la llevé a mi infancia. Me mentí. Me miento. Me la relató un religioso judío muy creyente; alguien está buscando la *verdad* desesperadamente por todos lados. Por todos los caminos, por todos los siglos. Llega finalmente en medio de un bosque una noche a una casa perdida.

(Sí, ya sé que es todo igual. Solo quiero dar una y otra vuelta sobre mi inconsciente. En realidad, sobre mi verdad. En realidad sobre la verdad.)

Cuando ingresa ve en el piso miles y miles y miles de velas prendidas consumiéndose en diferentes espacios, hasta que un señor mayor se le acerca cabizbajo y le susurra por su visita. El visitante le cuenta que está buscando "la verdad" y el viejito le responde:

—Viniste al lugar exacto. Este es el mundo de la verdad.

El visitante pasea por toda la casa, pero solo ve velas y en diferentes tamaños. Le pregunta al dueño de casa por las mismas y este le explica:

—Cada vela ocupa el lugar de una vida de una persona. Cuando la vela se apaga, la persona se muere.

Nuestro visitante angustiado le pregunta entonces por el paradero de su propia vela y el viejito se la muestra muy pequeña adentro de su candelabro: su vela está a punto de apagarse. En ese momento el viejito se retira y deja al visitante solo. Este al ver que no había nadie, rápidamente toma la vela de al lado, bien larga, y la cambia por la suya. La continuidad de su vida estaba asegurada. Pero el dueño de casa vuelve siempre cabizbajo y al mirarlo le susurra impertérrito:

—¿Qué has hecho? ¿No estabas buscando "la verdad"?

Siempre me impactó este relato. ¿Qué hubiera hecho yo en su lugar? ¿Quién no hubiera cambiado la vela? ¿Alguien hubiera dejado que su propia vida se consumiere frente a

sus ojos cuando con un solo movimiento todo podía modificarse? ¿Pero no estaba buscando “la verdad”? y entonces, una vez más, ¿qué es la verdad? ¿Es más importante saber la verdad o preservarse en el ser? Y si es lo último, ¿no mata esta verdad a la anterior? ¿Cuál es el sentido de este relato? Tal vez sea importante comprender esta tensión entre lo que inevitablemente sucede y lo que los seres humanos podemos hacer con ello. Nos vamos a morir y al mismo tiempo todo depende de lo que se mueva...

No hay velas adentro de la casa. Hay solo una luz tenue y algunos muebles desparramados como cubiertos con sábanas sucias. Nadie habita este lugar aunque algunos aparatos están en funcionamiento. Hay electricidad, algún enchufe, algunas latas y cajas. ¿Será un lugar de paso? Hay como una biblioteca con adornos rotos, pero sin libros.

Un adorno roto es la imagen misma del abandono. Ya de por sí el adorno es una figura muerta, algo que en su inutilidad solo pretende embellecer un espacio considerado por alguien vacío. ¿El adorno solo tiene que ver con la belleza? ¿Y qué es la belleza? ¿Tiene conexión la belleza con la verdad? ¿Quiero ver mi vela? ¿No será la vela que me muestre el viejito o mi psicóloga o quien sea, solo una vela más de las infinitas velas que vamos siendo? ¿Realmente podemos concebir que haya una única vela para cada uno de nosotros? Y si la hubiera, ¿por qué la supervisa ese señor? ¿De dónde salió? ¿Quién le paga? ¿Quién le dio esa autoridad? ¿Pero de qué viejito estoy hablando? ¿De quién estoy hablando? ¿Estaré hablando de mí mismo proyectándome en el tiempo? ¿Tanta palabra huyendo de la verdad y al final solo se trata de cambiar de vela? Pero aquí adentro no hay nadie. Nadie. Como en el relato de Ulises en la *Odisea*⁶¹ cuando atrapado por el cíclope Polifemo en una cueva, no encuentra la manera de escapar. El gigante de un solo ojo le pregunta su nombre y Ulises le responde: “Me llamo ‘Nadie’”. Cuando finalmente logra escapar junto a sus compañeros clavándole una lanza en el ojo,

Polifemo grita desesperado: “*Nadie se escapa*”, y por ello sus amigos no lo ayudan. Ulises logra escapar haciéndose pasar por nadie. Logra ser alguien, sobrevivir, escapar, presentándose como nadie. Pudo ser alguien cuando no fue nadie. Y sin embargo, por esta acción, Poseidón, padre del cíclope, lo condena a Ulises, también llamado Odisseo, a deambular durante tantos años sin poder retornar a su tierra natal donde lo esperaba Penélope, su esposa. Alguien fue nadie para ser alguien y siendo alguien no fue nadie. Si me preguntaran a mí sobre la vela, ¿qué respondería? ¿Quiero saber la verdad o quiero que la vela no se apague? ¿De qué sirve gritar que no soy nadie si el precio es justamente el vacío, aunque en vida?

palabra “identidad” proviene del latín “lo mismo”. Lo que es lo mismo. Y si es lo mismo no es otro, no es algo diferente. La señora con el bebé —se llama Graciela— se acaba de limpiar la boca de una torta de dulce de leche repostero que comió, con una servilleta igual a esta que tengo en mi mano. Es igual, pero no es la misma. La deben haber hecho juntas con dos segundos de diferencia en la máquina en la que las produjeron. Sin embargo, no se trata de la misma servilleta aunque sean iguales. La identidad y la igualdad no son la misma cosa. Para que haya igualdad, tiene que haber diferencia. Para que haya igualdad tiene que haber al menos dos entes diferentes a ser igualados. La identidad es de la cosa con la cosa misma. El amigo con olor a vómito de Jesús se me pone a hablar de fútbol. Si no existiera el principio de identidad, un cuadro no sería nunca el mismo y entonces no habría nunca ganadores y perdedores. ¡Al fin, liberados de la lógica de la ganancia! ¿Pero no era monstruoso el asunto?

25. La diferencia ontológica

El primer origen de la filosofía es el asombro. El asombro existencial. El asombro por el ente. El asombro por el ser. Por el *hay*. Porque *haya*. Por la pregunta por el ser. Nada asombra más que la pregunta “¿Por qué *hay* cuando pudo no haber habido nada?”, sobre todo porque nunca lo sabremos. Todo lo que intentemos esbozar luego de la pregunta, serán esbozos, pero esbozos que no se soportan esbozos y entonces se plantean como verdades. Denominamos “fundamentos” a esos esbozos que no se soportan como tales y diferenciamos al ser del fundamento o del ente supremo porque el ser fluye, se esconde, se retira, se coloca en una zona inestable y sobre todo todavía puede conjugar al fundamento: el fundamento *es*.

Si comparásemos al ser con la vida, por ejemplo, podríamos equiparar a todos los entes con todos los seres vivos. Un ser vivo es un ser vivo porque vive, porque tiene vida o porque la vida lo tiene. El ser sería como la vida y todo ser vivo sería como cualquier ente. Está claro que ente y ser no son lo mismo, ya que un ser vivo es un ser vivo solo porque posee vida, pero la vida misma no es un ser vivo. Y del mismo modo, el ser no es un ente, sino lo que hace que los entes sean. Es previo. La confusión de ser y fundamento es el olvido del ser, o sea, la no diferenciación entre ente y ser, que llega a su paroxismo con la idea de ser supremo o ente supremo donde al ser se lo confunde, se lo hace equivaler con un ente último. El ejemplo de Dios es el más patente. Se dice de Dios que es el ser supremo porque es quien le da ser a toda creatura. Pero Dios en sí mismo aun es un ente. Y ello por una sola razón: porque *es*. El ser es previo.

El ser humano, esta construcción del lenguaje que somos, alcanza su grado máximo de inteligibilidad pensando al ente. Pensar es pensar el ente. Hablar es hablar el ente. El lenguaje es una institución que como todo sistema, se conforma con un régimen de exclusión e inclusión, que en su formulación ontológica se establece a través del par *ser* y *no ser*. O sea, el *ser* y la *nada*. O sea, el principio de identidad. Las palabras delimitan y diferencian, y para diferenciar hace falta la negación, la ausencia, la nada.

Bernardo, el amigo de Jesús, es Bernardo porque no es Jesús. Su identidad, esto es, lo que lo hace ser Bernardo se estructura en relación a lo que *no es*, por ejemplo *no es* Jesús, así como *no es* el vaso de cerveza, el techo o las bocinas que se escuchan desde la Autopista. Bernardo es un ente porque puede delimitarse a partir del par ser y no ser; o sea a partir de la posibilidad de diferenciarse siendo lo que no es. Bernardo es un ente. Pero es un ente porque es. Y también porque no es. O sea que además de ser en ente, Bernardo es ser y al mismo tiempo es nada, aunque en este instante solo es un vaho nauseabundo (y no es un perfume francés)... Heidegger lo llama la diferencia ontológica⁷⁴. Observar a Bernardo entendiendo que se nos presenta como una entidad, como una cosa, como un ser humano, y que en ese mismo acto en que se nos presenta, nos muestra su propio *ser* pero sustrayéndose. ¿Pero cómo es esto de algo que se nos muestra en el acto en que se nos esconde? O se muestra o se esconde.

Vamos de nuevo. Bernardo *es*. Antes de ser Bernardo y mucho antes de cualquiera de sus rasgos, Bernardo *es*. Bernardo *es* inclusive antes de ser el ente que Bernardo es. Ese ser de Bernardo no lo podemos captar de manera inmediata, ya que lo inmediato para nosotros es su ser ente, con lo cual cada vez que intentamos capturar en un saber a Bernardo, lo cosificamos. Siempre que intentamos nombrar al ser, ya no es el ser, sino un ente. Pero es un ente porque *es*. Cosificarlo tiene muchas consecuencias, pero por ahora lo importante

es visualizar en esta primera etapa que al cosificarlo, opacamos lo que Bernardo tiene de ser y nos quedamos con lo que tiene de ente. Por eso se suele decir que el ser nunca se nos presenta, sino que en todo caso acontece retirándose. Lo suponemos "detrás" de su presentación en un ente. Se "esconde" tras la "onticidad" (o sea, su carácter de ente) de Bernardo. Se "esconde" y lo sabemos en el acto por el cual Bernardo se nos presenta como ente, pero al mismo tiempo se nos presenta también como ser. Como ser que se retira cuando lo quiero captar, pero en ese retiro se nos anuncia. Se nos anuncia sin palabra porque nombrar al ser es ya perderlo. Bernardo me abraza y me inunda con sus olores. Me sigue hablando de fútbol, de la selección, del ser nacional. El ser, ¿y por qué no más bien, la nada? Dice Vattimo que solo podemos recordar que hemos olvidado al ser⁷⁵. El *flâneur* es antes que nada un melancólico...

Nos sentamos en ronda. Algunos chicos duermen sobre sus padres y otros duermen en colchonetas junto a la pared del fondo. Hay aun otra puerta más que debe dar a un fondo o a un parque o lo que sea que haya detrás de la casa. Bernardo dice estar muy feliz y me señala. Otra vez me abraza. Dice algo sobre la Argentina y el futuro de los niños. Los chicos duermen salvo un par que se pegan con unos juguetes de personajes de televisión. Alguien dice que hay que apagar las velitas, ¡pero si el homenajeado nunca vino! No puedo entender la vida como una celebración sin objeto. Necesito al objeto. Necesito el dualismo. Se empieza a escuchar el cumpleaños feliz. Se acompaña la canción con golpes en las paredes y en la mesa que de tanto golpe se cae. Todos ríen mientras la comida, los vasos, las bebidas, las botellas de vidrio, los vidrios rotos, todo cae y se mezcla y se ensucia el piso, mientras todos se enfervorizan y redoblan los gritos que se creen canción haciendo del "que los cumplas" una marcha, casi un himno, un canto de cancha, una mixtura de orgullo y placer donde la música en su pérdida total

de armonía se vuelve movimiento de los cuerpos y por eso, conmoción. Estoy conmovido. Me cae una lágrima. Creo que Greil Marcus⁷⁶ escribía sobre los Sex Pistols que nunca había presenciado tanto la muerte de la música en un recital, pero que nunca en ese instante, se había conmovido tanto...

26. Apolo y Dionisio

La real desborda todo el tiempo. Su inmediatez aterra. Lo real es demasiado intenso, demasiado presente para ser tolerado. Demasía. La presencia desbordada. Demasiada presencia que hace del mismo paradigma de la presencia algo caduco, incompleto, enmarcado. Los marcos hacen de lo real algo capturable y así podemos observarlo en la pared del museo y acomodarlo. Pero en el acto de pasaje hacia el marco, entendemos que hay algo más. No algo más allá en el sentido religioso tradicional, ya que si fue escrito, ya está en un marco. Ese más allá que asoma cuando escuchamos al Buda decir que para comprender algo, tenemos que abandonarlo, dejarlo de pensar. Puedo transcribir las sensaciones aquí reinantes, puedo escribirlas, contarlas, narrarlas, hasta ilustrarlas, pero lo que sucede, excede. Y ese exceso nos atemoriza. Le huimos. El dolor duele mucho más de lo que uno cree que es el dolor. Cuando intentamos comprenderlo, lo abandonamos, y ya no es dolor. Es una buena manera de soportarlo: entenderlo. El problema es que con el placer también pasa lo mismo. Creemos que gozamos, pero estamos todo el tiempo poniendo filtros. Filtrar es la esencia de nuestra supervivencia. *Lo real resulta insoportable. El placer es un goce que si lo viviéramos sin mediación, probablemente no lo podríamos soportar. Lo real desborda, excede, y por ello, aterra; y por eso, angustia. Resulta tan excesivo, tan sobrepasante, que nos demuele.*

¿Qué es lo real? Esto que está más allá estando más acá. El *ser*: Lo que está *siendo*. Aquí algo está pasando. Fluye lo real. Los cuerpos entran en consonancia con el canto. El canto con el movimiento. Nadie recuerda las velitas que se van consumiendo. Va *in crescendo*, pero no para arriba. No hay

27. La duda como origen de la filosofía

Me quiero ir. Me siento incómodo. Me quiero quedar. Algo de la incomodidad me seduce. La seducción, esa figura una vez más espectral donde anhelamos alcanzar algo que cuando se nos da, ya no lo deseamos. La seducción nos coloca más cerca de una filosofía espectral, o sea, de una filosofía que asume su carácter conjetural y sin embargo no por ello se detiene. O en todo caso, replantea la idea misma de detención, o más bien, de marcha. Marchar ya no hacia alguna dirección, sino por la marcha misma. ¿Pero sigue siendo esto marchar? Me quiero ir. La incomodidad de un pensamiento que entiende que todo fundamento es en definitiva deconstruible. El triunfo de Apolo no mató a Dionisio, ya que sin él Apolo mismo no tendría sentido. ¿Hay algo más? ¿Hay algo más allá que no es un más allá? Si todo fundamento se nos presenta como una opción más, como una perspectiva posible, como una interpretación, entonces no hay un fundamento último o hay miles de fundamentos últimos que por ser miles, ya no son últimos.

La historia de la filosofía nos muestra una historia de perspectivas. O mejor dicho, la filosofía se despliega en la historia como filosofía. No es algo meramente externo o accidental. No es que hay una historia de la filosofía como la hay de la matemática o de la biología. La historia de la filosofía es básicamente un diálogo entre autores, como esa idea de Sloterdijk⁸⁰ para quien la filosofía es un género epistolar donde los pensadores escriben como mandándose cartas donde se refutan, dialogan o se celebran.

La historia de la filosofía nos muestra muchas cosas:

- 1) que cada idea es hija de su tiempo;
- 2) que a lo largo de la historia se van produciendo diálogos;
- 3) que si en cada época se crean filosofías diferentes, no hay *una* filosofía. Y si no hay *una* filosofía, no hay una verdad. O porque no hay *una* verdad, no hay *una* filosofía. Hay perspectivas. Y si hay perspectivas, hay una primacía de la duda frente al fundamento. En este sentido, en todo filosofar, aun cuando se esté buscando el fundamento, se parte de la duda. Dudar, cuestionar, descartar, deconstruir, desenmascarar, formas de lo mismo, cada uno con su particularidad, pero con un propósito que los une: confrontar frente a las verdades de turno.

La duda como otro origen de la filosofía. La duda como origen. Puedo dudar de si me conviene o no me conviene seguir saltando en esta especie de *pogo* dionisiaco, o puedo dudar de si en el camino cuando me vaya de aquí, voy hacia la derecha o hacia la izquierda; pero hay otro tipo de duda que apunta a las estructuras mismas de lo que nos rodea. Una duda existencial. No puedo no dudar frente al abarrotamiento de fundamentos, verdades, dioses y certezas. Y no puedo dudar porque no puedo aceptar que todos son falsos menos uno. Si hay tanta variedad, me resulta más plausible que nadie tenga razón, a pensar que solo uno la tiene y miles se equivocan. La duda. ¿Qué hago? ¿No es hora de irme?

Creo que es un buen momento para detenerme. Para detener esta interrupción. Creo que ya es hora de volver a casa, que es volver a la rutina, que es saber cuándo parar, como me decían de chico. Saber cuando parar. ¿Saber cuándo parar de parar? ¿Pero cómo me voy de acá? Graciela se me acerca y me comenta algo sobre la crisis de los hospitales. Me quiero ir y estoy tardando mucho. Supongo que en una secta habrá controles y sistemas de seguridad que no permitirán mi retirada. La saludo a Graciela y me animo con una saludada ge-

neral levantando la mano, esperando que en lo inmediato se me tiren encima dos forzudos y me metan adentro de algún cuarto. Pero ya no hay más cuartos en esta casa ni forzudos, ni tampoco es una secta, ni Jesús es Jesús. Bernardo, amorosamente, dice que me acompaña hasta el camino y dos o tres se proponen para acompañarnos. Muchos se acercan a saludarme más afectivamente. El temor se volvió amor. Le doy un fuerte apretón de manos al pseudo Jesús y le pregunto por su verdadero nombre: "Jesús", me dice. Jesús que no era Jesús, sin embargo se llama Jesús. ¿Inesperado?

Se suele reducir, en la caricatura que muchos hacen de la filosofía, la duda existencial primigenia a la cuestión del ser y la nada. Ser o no ser; como si hubiera que elegir. Este es el camino de Parménides. Se planteó la cuestión del ser o el no ser como una disyunción exclusiva. No pueden darse ambas al mismo tiempo: o hay ser, o no hay nada. Si hay ser, entonces la nada no es nada. El ser excluye a la nada. *Así se puede formular otro de los principios ontológicos: el principio de no contradicción y su corolario, el principio de tercero excluido. Un ente no puede ser y no ser al mismo tiempo. O es o no es, no hay tercera posibilidad.* Bernardo no puede ser Bernardo y al mismo tiempo Graciela. O es Bernardo o es Graciela. Estamos caminando hacia la calle donde pasa el colectivo. No podemos estar y no estar caminando. O estamos caminando o no lo estamos, no hay tercera opción.

El principio de no contradicción casi como que se deriva del de identidad y ambos constituyen la base misma de la metafísica. *Toda nuestra concepción de lo real surge a partir de estos principios.* Inclusive cuando cuestionamos de fondo a la metafísica, lo hacemos a partir del orden que se estructura desde la identidad y la no contradicción. Sin principio de no contradicción, el lenguaje funcionaría de otro modo. O no funcionaría, ya que cada palabra nunca sería idéntica a sí misma y podría estar negándose a cada instante. Es que se trata de un orden de lo real donde los instantes son puntos

de apoyo, o más bien, donde hay puntos firmes que arraigan a los entes. O dicho de otro modo, donde los entes son primero en sí mismos, casi como átomos, partículas elementales y autónomas desde las cuales toda relación se despliega.

Desde esta convicción, Parménides plantea que hay un único ser, un único ente en el mundo, ya que si hubiera dos o más, lo que diferenciaría a uno de otro, es que cada uno de ellos *no es* el otro. O sea, que para Parménides, la diferencia entre dos entes es antes que nada, que cada uno de ellos *no es* el otro y por eso cada uno es en sí mismo lo que es. Pero de este modo, se produce una contradicción. Supongamos que Bernardo es un ente y el muchacho que lo sigue atrás es otro ente. Lo que distingue a ambos, primero y principal es que Bernardo *no es* el muchacho y que el muchacho *no es* Bernardo. Esto es; lo que distingue a dos entes o dos seres es que cada uno *no es* el otro. O sea, *nada* (no ser) distingue a Bernardo del muchacho, pero la nada no es nada (el no es, no es) y por lo tanto Bernardo y el muchacho son la misma cosa.

Bernardo me sigue hablando del país y su crisis política. En principio no habría violación de la no contradicción desde el momento en que lo reconozco y lo diferencio no solo del muchacho que marcha detrás aburrido de escucharlo y con un vaso de plástico a medio llenar, sino también del camino, del vaso, del cielo, de todo lo que *no es* Bernardo. El problema es que para diferenciar a Bernardo del resto de los entes, necesito visualizar todo lo que Bernardo *no es*, pero de ese modo hago entrar a la nada, le doy lugar al no ser. Un lugar que por definición no debería tener. Si Bernardo no es el muchacho, entonces no hay nada que los diferencie. Pero la nada no es nada y por ello si nada diferencia a uno del otro, entonces me tomo en serio la palabra nada y entiendo que si nada los distingue, entonces no hay distinción: Bernardo y el muchacho son el mismo ser. Bernardo, el muchacho y el camino, son el mismo ser. Bernardo, el muchacho, el camino

y cualquier entidad son el mismo ser. Y por ello solo hay un único ser, ya que si hubiera muchos, la nada "existiría", pero la nada no puede existir porque no es nada, y por ello solo hay un ser. Uf, me cansé...

Al costado de nuestro camino hay un arroyito. El muchacho nos pide que lo esperemos mientras orina. Nos acercamos con la luz de los celulares. El arroyo es más bien un hilo de agua contaminado de basura de todo tipo. Veo una botella de Coca Cola pero antigua, junto con desperdicios cuyas etiquetas ya se encuentran borroneadas. Otro muchacho hace el esperable chiste de amagar con empujar contra el arroyo al que está orinando que es quien venía detrás de Bernardo. Creo que ahora Bernardo está hablando de José de San Martín. Así como el ser es único, también es eterno, ya que nunca se originó ni nunca se acabará. Evidentes conclusiones si seguimos la lógica anterior: nacer es pasar del no ser al ser, pero la nada no es nada, y por ello siempre tuvo que haber sido el ser, ya que es imposible provenir de lo que no es. Y lo mismo para su fin. La idea de un universo eterno en realidad es mucho más lógica que la de la *creatio ex nihilo*⁸¹, ya que es realmente difícil poder explicar que en algún momento no hubo nada y que desde esa nada que no es nada, se creó o se formó o se engendró algo. Nuestro problema es la negación a aceptar que tal vez el ser viene siendo desde siempre y seguirá siendo siempre, porque nos regimos por la percepción que tenemos de nosotros mismos y de las cosas que nos rodean: si todo empieza y termina, ¿por qué el universo no? ¿Pero cómo definimos esta eternidad? ¿Qué es la eternidad? ¿Lo que se sustrae a toda temporalidad o lo que infinitamente se nos da arrojado en el tiempo? ¿O no será entonces el ser mismo tiempo, en el sentido de estar en un constante proceso de devenir infinito?

Parménides coloca al ser como fundamento último de toda realidad. La filosofía llega a un lugar primigenio, originario. El tema es cómo definimos al ser en esta instancia. La

eternidad pensada como un estado que se sustrae al tiempo genera una escisión entre el ser y el tiempo, de tal modo que se instala la idea de un ser supremo que puede estar fuera del tiempo. Es más; se considera este estado de atemporalidad como un acontecimiento de poder, de fuerza, de firmeza. Poder estar por fuera del tiempo es una manera de vencerlo, como si el hecho temporal fuera de por sí una desgracia, una tragedia. Claro está que el tiempo de nuestras vidas es vivido desde la fatalidad de direccionarnos hacia la muerte; pero una vez más, se extrapola esta percepción humana al tiempo en general, y se hace del ser separado del tiempo una entidad suprema. En realidad, lo negativo del tiempo, su mal, consiste en darle lugar al *no ser*, en habilitar a la *nada* —ya que se entiende al cambio temporal como un pasaje incesante del ser al no ser y del no ser al ser—; y por ello, el ente que pueda no incurrir en ella, el que pueda ser siempre, se convierte automáticamente en una instancia superior. La metafísica creó la idea de un ser supremo como un ser por fuera del tiempo y entendió este acontecimiento como una ganancia.

Todo el planteo de Parménides es tan lógico que se vuelve ilógico; o es tan ilógico a la percepción cotidiana que es realmente cuestionable cuánto de lógica posee lo real. Si nos movemos en el plano de lo cotidiano claramente no hay un solo ser o un solo ente y las cosas nacen y mueren: todo nace y muere. Por eso el esquema parmenídeo basado en el uso exclusivo y radical de la lógica nos plantea dos posibles hipótesis: o el mundo es ilógico, o toda la lógica es ilógica. Es interesante vislumbrar que si nos manejáramos de modo tan estricto con la lógica racional dicotómica basada en el principio de no contradicción, toda la realidad casi carecería de sentido. O tal vez la lógica de la racionalidad humana funciona de esta manera, intentando denodadamente aplicarse en la construcción de un orden que la desborda todo el tiempo. Si las lógicas de lo humano y de lo real son autónomas

y se corresponden, estamos en un problema: una de las dos, falla. Zenón de Elea, un parmenídeo, siguiendo esta línea demuestra con una serie de argumentos lógicos, la imposibilidad del movimiento. O sea, que el movimiento desde la más estricta lógica, no existe. Se cuenta que Antístenes el cínico⁸² lo tomó del brazo y le dio una serie de vueltas por el aire hasta arrojarlo con violencia, mientras le susurraba: “Decime ahora que el movimiento no existe”...

28. La filosofía como saber sin supuestos

La filosofía con Parménides alcanza una instancia en la cual se trata de despojar al pensamiento de toda materialidad y corporeidad para permanecer en los aspectos lógicos de la razón. Hacer filosofía parecería tener que ver con este movimiento: aislar al pensar en su propio funcionamiento y juzgar desde allí el comportamiento de las cosas. La lógica, como la matemática, trata de separar los aspectos formales de sus contenidos concretos. A la matemática no le importa si lo que se suman son cinco manzanas o cuatro árboles. Se suman números que destacan la condición cuantitativa de cualquier ente. Lo que tienen en común cuatro sillas, cuatro ángeles, cuatro vasos o cuatro nubes, es que son cuatro. Y a la hora de sumar cuatro más cuatro, su particularidad sobra. Es más, haría de la matemática un saber imposible de ser ejecutado. En la cuantificación somos cinco personas las que estamos caminando junto al arroyuelo; del mismo modo que son cinco los dedos de la mano o los días de la semana laborables. En la cuantificación además se vuelve posible comparar e intercambiar entes. La medición posibilita cuantificar el tiempo, el espacio, las necesidades, todo. La formalización de la realidad la hace, por medible, cognoscible y ordenable; pero al mismo tiempo administrable...

O sea; el problema no es la matemática ni la perspectiva formal de lo real, sino su catapulta como alma del mundo, esto es, la creencia en que los aspectos formales constituyen no un aspecto, sino la esencia misma de las cosas. Hay una desnudez en la formalización que aunque permita simplifi-

car relaciones, reduce al ser a solo una de sus posibles manifestaciones. Es cierto que somos unidad y diversidad, y que además de ser Bernardo, Bernardo "antes" es uno. O varios, depende del criterio con que contemos. Es uno, pero es varias partes de un cuerpo que se entrecruzan o es la intersección de circunstancias que lo conforman a lo largo de su vida. Pero también es cierto que Bernardo vale. Posee un valor. Y ese valor en una sociedad mercantilizada está directamente relacionado con su ingreso, con su salario, con su capacidad de producción, o a lo sumo con su número de documento. Los valores se cuantifican, son puestos en números y los números ostentan cierta condición neutral, como si no hubiera detrás un interés o un criterio. Cuando se cuantifica a Bernardo ("Bernardo, ¿de qué trabajás?", le pregunto. "No tengo trabajo", me responde), se le coloca un número que en tanto número se pretende neutral, transparente, mimético; pero que en definitiva es puesto a partir de una medición que parte de un criterio concreto: por ejemplo, su productividad, que es en general lo que mide un salario. Con la lógica sucede algo parecido y es este el punto en que la filosofía ingresa en otro de sus debates. Hay un emparentamiento importante entre filosofía y lógica, desde el momento en que se entiende a la filosofía como un saber de la argumentación racional, y al mismo tiempo se entiende a la argumentación racional como un ejercicio de lógica formal. Cuando se le exige a la filosofía depurar toda búsqueda de sentido de sus elementos irracionales para abocarse en el desarrollo de argumentaciones demostrables, se parte de la aceptación de que existe algo neutral en el mundo. Pero, ¿se puede ser neutral? O dicho de otro modo, ¿es todavía conducente seguir separando en las entidades su aspecto formal de sus contenidos? O dicho de otro modo todavía; ¿existe algo universal que pueda aislarse de sus contenidos particulares y en su formalidad presentarse como lo común y por ello lo no afectado, válido para todos?

El muchacho que terminó de orinar se llama Sebastián y le dicen Seba. En realidad escuché que lo llamaban Seba y por eso deduje que se llamaba Sebastián, aunque conozco a un Manu que no se llama Manuel, sino Manu, así, a secas. Del otro muchacho no sé el nombre, pero podría llamarse Pedro. Si ya le pegué con Jesús, me animo a arriesgar una nueva confluencia entre los nombres y sus sujetos. Los dos están mirando el arroyuelo junto a Bernardo que sigue hablando. Igual no importa. Para la matemática son tres personas aunque no importa esta condición. Para la lógica son tres entidades. Para la ley son tres sujetos de derecho que se supone que los poseen más allá de sus nombres y de su particularidad. Todos somos iguales antes la ley. Esto significa que la ley tiende a la neutralidad. Valemos más allá de lo que somos. Valemos formalmente. Valemos en tanto seamos un número. Valemos en tanto tengamos un número de documento. Pero Pedro no vale. Es un indocumentado...

Todo se complica por la pretensión de cierta filosofía occidental oficial de considerarse a sí misma una celebración pura de la razón. Como si la pureza fuese realmente alcanzable y no escondiera sus propios supuestos. La misma idea del origen de la filosofía como un pasaje del mito al *logos*, entiende al mito como una desviación y al *logos* como una herramienta que representa lo esencial de toda naturaleza humana. Habría un pensar esencial a lo humano, representado por la lógica formal cuya expresión originaria aparece en el mundo griego. Y la filosofía, cuanto más depure su accionar de toda influencia espacio temporal, más alcanzará la naturaleza misma de nuestro pensamiento.

Descartes sostenía la necesidad de hacer de la filosofía un saber sin supuestos⁸³. Como la filosofía todo lo cuestiona y todo lo pone en duda, entonces puede radicalizarse de modo tal que cualquier conocimiento que nos rodea deja de ser confiable. Poner en evidencia supuestos es una tarea filosófica clave. ¿Pero hasta dónde? ¿Se puede, como preten-

día Descartes, alcanzar un saber sin supuestos y comenzar siempre desde un punto cero? ¿Existe el punto cero del pensamiento, como si fuese una máquina virgen completamente preparada para comenzar a operar sin ningún contenido previo? Un saber sin supuestos es algo así como una estructura previa a su relleno de contenidos. El software de una computadora a la que todavía no se le ha volcado ningún dato. ¿Pero no es el software en sí mismo un dato? Si avanzáramos hacia un saber sin supuestos, ¿no deberíamos en realidad dejar de hablar? ¿Ser sin supuestos no es en definitiva no ser nada? ¿No hallamos siempre un supuesto detrás de cada supuesto? ¿Y no es esta búsqueda infinita? Bernardo siempre va a ser algo. Siempre va a ser algo de lo que partimos. Va a ser Bernardo o un desocupado o un ser humano o un ente. Pero siempre partimos desde algún lugar. ¿No hay en el ideal de pureza de la razón formal la idea de un poder estar desde ningún lugar? ¿Algo así como un no estar implicado? ¿Y en definitiva, no partir de ningún lugar, no es en realidad no ser nada?

¿La filosofía como un saber sin supuestos? O más bien, ¿no nos lleva la filosofía a la paradoja del deseo de alcanzar lo inalcanzable? ¿Saber sin supuestos o entender que un saber sin supuestos supone también el supuesto de suponer que es posible un saber sin supuestos? ¿Saber sin supuestos o un saber siempre implicado, situado, puesto, dicho desde algún lugar? ¿No se habla siempre desde algún lugar? ¿No nos hallamos, como diría Heidegger, arrojados a la facticidad⁸⁴? Ahora se puso otro muchacho más a orinar. La compulsión por la orina me pone nervioso. No entiendo por qué no necesito ir al baño con tanto tiempo en la calle. Pedro se le acerca silencioso por detrás y lo empuja hacia el arroyo. El muchacho intenta desesperadamente sostenerse sin caerse mientras todos ríen a carcajadas por la broma. Finalmente cae y se ensucia en esa mezcla de basura, barro y agua contaminada. Para colmo, empieza a llover.

Es muy interesante el análisis que realiza Hegel al inicio de su *Ciencia de la Lógica*⁸⁵ para desmitificar la idea de la posibilidad de un comienzo absoluto. Para ello busca lo que ya sabe que no va a encontrar y sin embargo lo busca. Anhelamos el origen, como si lo hubiera de modo absoluto. ¿Cómo reconstruir la realidad desde el inicio? ¿Qué es lo primero? ¿Qué hay detrás del muchacho caído en el arroyo, detrás de este lugar, detrás de la lluvia, detrás del mundo, detrás? Lo primero y más abstracto que podemos hallar siempre es el ser. Nada hay previamente. ¿Pero qué decir del ser? ¿Decir? ¿Se puede decir el ser? Dice Hegel que este ser primero, originario, este ser puro es absolutamente indeterminado. Cualquier cosa que yo diga de él, cualquier determinación, ya lo restringe, ya lo califica y por ello mismo lo anula: deja ya de ser el ser puro. Dicho de otro modo; el ser más fundamental es aquel del que no podemos decir nada, ya que si decimos algo sobre él, ya no es el ser más fundamental, sino un ser ya con alguna determinación; y que por ello tampoco es ya el ser más fundamental. O sea que; del ser más fundamental no se puede decir nada. No es nada. Se confunde con la nada... Pero si el ser me conduce a la nada, hablemos de la nada; aunque cuando pienso la nada recaigo en el mismo lugar que el ser: de la nada no puedo decir nada. Sin embargo, en tanto la determino para decir algo sobre ella, ya deja de ser la nada, porque la determino y entonces la hago ser "algo", la hago ser.

Intuitivamente, aunque entiendo que no es nada, intento hablar de ella y por eso le doy ser. La nada me conduce a su contrario: el ser. El ser me lleva a la nada y la nada me lleva el ser. Uno no es sin el otro y los dos, de alguna manera son lo mismo. El ser y la nada dan paso a un tercer concepto que sintetiza ambos momentos: el devenir. Solo en el devenir, ese cambio incesante de todo, el ser es comprendido como ser y la nada como nada, ya que cada uno de ellos solo puede comprenderse en la medida en que muta a lo otro de

sí mismo. Solo capturo al ser recortándolo de la nada y solo capturo a la nada desde el ser. El devenir, el cambio de todo, nos permite comprender en su pendulación qué es el ser y qué es la nada...

modo. ¿No resulta una consecuencia de pensar al devenir como *arché* de todas las cosas?

No llueve mucho. El agua engorda muy poco el caudal de arroyuelo, pero algo se mueve. De Heráclito es famosa su metáfora del río que suele citarse del siguiente modo: "Nadie puede bañarse dos veces en el mismo río"⁸⁷. Es evidente que esta agua que por aquí abajo se desliza, ya no vuelve. O vuelve —si vuelve— en otro estado. Volver en el sentido de una repetición idéntica de lo eterno, parecería que no. O sea; no se repite todos los días el universo del mismo modo. O por lo menos, no somos conscientes de ello. Alguien podría argüir que tal vez el agua que seguramente creo va camino al Río de la Plata pueda evaporarse en los próximos días y ser parte de una futura nube que en algún nuevo momento volviese a pasar por encima de este mismo arroyuelo y entonces todo de alguna manera se repetiría; o por lo menos sería discutible la frase: "Nadie puede bañarse dos veces en el mismo río". Podría ser. Pero igualmente sería difícil que todo el conjunto exacto de hidrógeno y oxígeno convergiera del mismo modo en el mismo lugar para pasar otra vez justo por donde nadie que ahora es alguien decide volver a bañarse. Sin contar que el tiempo, ese gran río, ya nos llevó hacia otros mares. Meros mares...

Frente a la idea fuerte de identidad que ordena la realidad a partir de sustancias, sustantivos, entidades cerradas sobre sí mismas, esencias, Heráclito antepone a todas estas categorías la necesidad previa del devenir. Lo real deviene y después *es*. *El ser es solo una modalidad del devenir que no se detiene*. En todo caso, toda la filosofía, por no decir toda la cultura, no ha sido más que los intentos desesperados de fundar algo firme en tanto cambio. Si lo real deviene, lo humano sin embargo ha intentado frenarlo. ¿Somos siempre en el cambio permanente o hay algo que permanece? ¿No es el mismo devenir entonces lo que permanece? Es decir, ¿no hay entonces algo —el cambio— que permanece? O dicho de modo más simple, ¿el cambio, cambia?

Todo lo que va pasando por estas aguas, se va yendo. Las aguas de este arroyo están siempre cambiando, siempre siendo otras. Del mismo modo, ninguno de nosotros es el mismo nunca. Mutamos a cada instante. Nosotros los seres vivos, pero también cualquier entidad existente, si la pensamos en su ser, entendemos que todo lo que hay, lo hay mínimamente en función de otras cosas. O sea, en relación a un otro con quien se genera una interrelación de transformación mutua. Y máximamente, lo hay en el tiempo. Y el tiempo, como diría Aristóteles, es la medida del cambio⁸⁸.

Somos como un río. Todo el tiempo estamos siendo otros, pero creamos la ilusión de la unidad. Nos aferramos a la creencia de una solidificación ontológica que nos permita hacer pie firme en algún lado. A la inversa que Parménides, pero dentro de la misma lógica, Heráclito plantea una relación entre lo real y la apariencia, donde la filosofía es clave como herramienta de desenmascaramiento. El mundo fenoménico, lo que se nos aparece como real, se nos presenta como una ilusión. Si en Parménides el cambio es aparente, en principio en Heráclito a la inversa, lo permanente es lo ilusorio. Y en ambos se apuesta a la filosofía como búsqueda de una verdad que no solo se haya oculta, sino además resulta muy contraria a nuestras intuiciones elementales.

Pedro prende un cigarrillo bajo la lluvia tenue. El fuego es el elemento que utiliza Heráclito como *arché* de todas las cosas. La llama no agarra con la llovizna. Lo ayuda a cubrirse. Creo ver entre la pequeña llama del encendedor y el agua cayendo, unas lágrimas. De Heráclito nos han quedado algunos fragmentos. Más de cien. Fragmentos breves, poéticos, oscuros. Toda una hermenéutica de estos fragmentos puede ir reconstruyendo un pensamiento cuya verosimilitud, en última instancia, le importa a los especialistas. Pero lo que sí es cierto es que hay una posición heraclítica, y sobre todo una recepción de lo que se concibe como pensamiento de Heráclito por parte de numerosos filósofos, pero sobre todo

literatos en Occidente, que nos ha marcado un extremo posible en cualquier debate sobre lo que somos. O sea, sobre el ser. Hacer de Heráclito el filósofo del cambio o de Epicuro el pensador del placer y exacerbar unidireccionalmente estas posturas es parte de una cultura que necesita, en su obsesión por los principios de identidad y no contradicción, construir sentido a través de dispositivos de inclusión y exclusión. Nada es tan claro; o si es tan claro, tal vez tanta luz aturda. Los fragmentos pueden ser leídos desde alguna lógica común, pero lo que queda abierto y da pie a un pensamiento filosófico en ejercicio es poder seguir abriendo la pregunta por el cambio.

Lo real deviene, ¿pero cómo? ¿El devenir siempre nos lleva a lo inesperado o hay un *logos*? “Todo fluye, nada permanece”, es otra frase que se le asigna a Heráclito⁸⁹. ¿Pero cuál es el futuro inmediato del cambio? ¿Hacia dónde se dirige? ¿Se preveía en los inicios de los inicios que una piedra iba a devenir un microchip? ¿Se preveía o se encuentra dentro de la lógica que el agua haya devenido cerveza? Heráclito toma como metáfora al fuego. Esta llama imposible del encendedor de Pedro que no es Pedro y que ni siquiera es, ya que no tiene documento, ¿a qué puede cambiar? La llama está en devenir constante, pero cambia de posición, de forma, de volumen, dentro de ciertas posibilidades propias de la llama. ¿Podrá la llama mutar y convertirse en chocolate?

Un fragmento de Heráclito, el 30, dice: “Este mundo, el mismo para todos, no ha sido hecho ni por los dioses ni por los hombres, sino que siempre fue, es y será fuego siempre vivo, que se enciende y se apaga de acuerdo al *logos*”⁹⁰. ¿Por qué llora Pedro? ¿Qué estoy haciendo acá? ¿Qué me trajo hasta acá? ¿Qué aguas, cuáles fuegos? ¿El mismo mundo? El mismo, pero siempre cambiando. ¿No fue hecho por hombre ni por dioses? ¿Y entonces, por quién? ¿Qué modalidad del ser hay por fuera de lo humano y lo divino que pueda hacer, dar sentido, obrar, montar una obra? ¿Cuál es ese resto?

¿Somos restos? ¿Restos de qué? ¿Por qué llora Pedro? Llora porque se va a morir, pero ¿no nos vamos a morir todos? Y por ello, ¿no tendríamos que estar todos llorando? ¿Siempre? ¿Fuego? ¿Siempre ha sido fuego? ¿Qué significa que fue, es y será? ¿Viene siendo fuego y sigue siendo fuego, pero de acuerdo a cierta lógica, a cierta racionalidad, a cierto *logos*? Estoy cansado. Las lágrimas de Pedro me pueden. No me animo a preguntarle por qué está llorando. ¿Y si no llora? ¿Y si es la lluvia que confunde?

Pedro llora porque siente la lluvia en su cuerpo. Pedro dice que llora porque siente la lluvia en su cuerpo. Y una vez más, el eterno conflicto entre las palabras y las cosas. Para Heráclito hay un orden que legisla el devenir. Lo real no deviene de modo monstruoso. No puede ocurrir cualquier cosa. Cualquier cosa. Radicalizar el sentido del cualquier. Llevarlo a su extremo imposible. Su extremo que siempre vaya un paso más allá de lo posible. De cualquier posible. En realidad es peor porque Pedro ni siquiera es Pedro. O peor de lo peor ya que ni siquiera es un sujeto de derecho. O sea, un sujeto. O sea, es.

Lo real no deviene hacia lo otro de sí, sino que sigue cierta lógica. La lógica de la coincidencia entre los opuestos, ya que Heráclito en muchos fragmentos insiste con la idea de una unidad de los contrarios. En el fondo no es más que comprender una vez más que las cosas son en la medida en que no son otra cosa, y que todo el sentido de lo real se esconde en ese pasaje incesante entre el ser y el no ser: tal vez, la contradicción nodal constitutiva. O sea que nadie puede bañarse dos veces en el mismo río, pero al final de cuentas hay un río. Un río que nada sería sin sus aguas cambiantes, pero que siempre es río y que no podría devenir un helicóptero. Todo cambia, pero hay un orden. Vivimos en un mundo donde parece que la estabilidad define su naturaleza.

Haciendo filosofía desenmascaramos esta primera capa y entendemos que hay un *logos* oculto, un orden que no es el

que vemos a plena luz que se nos escapa: el orden del cambio. Pero tenemos al mismo tiempo que desenmascarar una segunda capa: la idea vulgar que tenemos del cambio. Todo cambia hacia su opuesto y de la lucha de los opuestos surgen las cosas que mantienen en su interior esta tensión constitutiva. Esta lucha, que nos hace, entre lo que somos y lo que no somos, entre lo que creemos que somos y lo que creemos que no somos.

Primer paso: nada es estable, todo fluye.

Segundo paso: el fluir no es anárquico, sino que sigue un orden.

Tercer paso: el orden es el de la contradicción que en su tensión genera entidades.

Pero entonces, ¿por qué la llama no puede volverse chocolate? ¿Por qué llora Pedro?